

Tuyo soy yo, sálvame, Porque he buscado tus mandamientos. (Sal 119:94)

Cuando a un niño se le pregunta: ¿De quién eres? sin duda que su respuesta estará vinculada a su conciencia de propiedad de sus padres, y sin dudarlo mencionará el nombre de sus papás; con toda seguridad Jesús quiso que esto entendieran sus oyentes cuando les dijo: *De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18:3); al crecer y dejar la niñez la conciencia de propiedad respecto a la paternidad a la que pertenecemos se desvanece paulatinamente, y el sentido de pertenencia empieza a buscar de manera natural un vínculo al que también paulatinamente se accede, el cual tomará el lugar de la conciencia de pertenencia intuitiva de la niñez; este vínculo puede tener forma de cosas, personas, ideologías, filosofías, gustos, profesiones, trabajo, etc.; cosas que sin darnos cuenta son como tentáculos que intentan apropiarse de nuestro ser, ofreciéndole a nuestro ego plenitud o satisfacción, de tal manera que conjugemos con nuestras acciones, o estilo de vida el verbo ser con base en cualquiera de estas cosas, de tal forma que aún sin palabras nos encontremos diciendo: "Yo soy de ..." La conjugación de este verbo es tan trascendente y determinante, que el nombre del mismo Dios *Yo soy el que soy*, resonó en la boca de Jesús aludiendo la conciencia de pertenencia al decir: *Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo* (Jn 8:23). Este estado del hombre, de pertenencia extraviada, fue haciéndose patente a medida en que la niñez se fue dejando atrás y se hizo manifiesto de diferentes formas el virus con que fue infectado el corazón del hombre allá en el Edén, y que por herencia todo ser humano lleva potencialmente, el cual es la *soberbia*. Muy elocuentemente Jesús hizo notar el contraste de la soberbia de la edad adulta con la humildad de la niñez cuando sus discípulos le preguntaron: *¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?* Contestándoles: *Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.* (Mt 18:4). Hemos de entender, pues, que la soberbia del hombre, manifiesta en la incredulidad a la palabra de Dios es lo que lo aleja de la paternidad de nuestro creador y nos lleva a buscar refugio paternal en las cosas de este mundo; no podemos pasar desapercibido el énfasis que Jesús hace en la grandeza de la fe de un niño, a tal punto que hace esta declaración: *Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar* (Mt 18:6); En nuestro presente estamos siendo testigos de cómo los niños están siendo despojados de su inocencia con la simple omisión de no instruirlos en la palabra de Dios, y más bien conduciéndolos a una adultez artificial, que será una coraza de insensibilidad, no imposible, pero dura de romper para su futura conversión a Dios. Pero cuando al fin ese muro de soberbia e incredulidad sea derribado y tome su lugar la humillación al creer en Dios como lo hace un niño, que no encuentra refugio sino en la paternidad de sus progenitores, es que ese adulto podrá llegar a decirle a Dios: **TUYO SOY, SÓLO EN TI ENCUENTRO REFUGIO, PORQUE HE CREÍDO EN TU PALABRA.** Palabra que le enseña su ORIGEN, PROPÓSITO, Y DESTINO, que confesará en su corazón diciendo: *Porque tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre* (Sal 139:13); *Jehová cumplirá su propósito en mí* (Sal 138:8); *En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza* (Sal 17:15). Un adulto así es uno que se volvió niño para Dios, y por tanto, su hijo, que puede decir con firmeza y seguridad: **YA NO SOY DE ESTE MUNDO, SOY DE ARRIBA,** que caminará sabiendo que aunque está en este mundo, ya no es de este mundo porque ahora es PERTENENCIA DE DIOS, gozando de la sublime libertad de decirle a Dios en todo momento y circunstancia; **TUYO SOY YO** (*Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*) (Jn 17:14).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava.